

Erika Fatland

HIMALAYA

Un viaje a través de Pakistán, India,
Bután, Nepal y China



ERIKA FATLAND
HIMALAYA
Un viaje a través
de Pakistán, India
Bután, Nepal y China

Traducción del noruego de Carmen Freixanet

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *Høyt. En reise i Himalaya*

1.ª edición: noviembre de 2022

© Erika Fatland, 2020

Publicado por acuerdo con Copenhagen Literary Agency, Copenhagen

La autora ha recibido subvenciones de Det faglitterære fond y de Fritt Ord para escribir este libro.

Los primeros capítulos fueron escritos en la residencia para escritores de Nederlands Letterenfonds, en Ámsterdam.

© de la traducción: Carmen Freixanet Tamborero, 2022

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona

www.tusquetseditores.com

ISBN: 978-84-1107-192-5

Depósito legal: B. 18.363-2022

Fotocomposición: David Pablo

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S.L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Un mal presagio.	11
Primera etapa	
Ruta de la Seda 2.0	19
Juego político de altos vuelos	45
Planificación familiar en el país de los cuentos	67
Ayuno y fiesta	77
El amor en la época de los talibanes.	91
Paso fronterizo	111
Paraíso con toque de queda.	129
El campo de batalla más alto del mundo	154
Sobre dioses y hombres.	171
El Pequeño Tíbet	186
Vacuidad y caza de ondas de radio	203
El manantial.	216
El champán de las montañas.	232
Princesa sin reino	246
Tesoros desnudos	263
El guardabosques misterioso	277
La felicidad nacional bruta	297
El salvaje Oriente de la India	319
Por el mañana	353
Segunda etapa	
Diosas niñas	377
Aglomeración en la cumbre.	402
Historias de la capital	434

El príncipe que no quería ser rey	455
El leopardo de las nieves	461
El dios sediento	479
<i>Terra nullius</i>	498
La feligresía perdida	520
En el Centro del Mundo	533
La concubina china	545
Vuelo regular a Shangri-La	569
El reino de las mujeres.	590
Agradecimientos	607

Apéndices

Notas	613
Bibliografía	615

[Fotografías]. *[192-193, 384-385]*

Un mal presagio

De madrugada, **la altiplanicie** hervía de tibetanos festivos. Li- ^{4.750 m}
geros copos de nieve dibujaban piruetas en el aire liviano. En ^{s. n. m.}
mitad de la planicie, se inclinaba un asta dibujando un débil
ángulo oblicuo, apoyada en estacas y guarnecida con piel de
yak y coloridas banderas de plegaria. Tenía más de 25 metros
de largo, era el asta más alta del Tíbet. Cuerdas largas y robus-
tas atadas al grueso palo yacían en el suelo pulcramente enga-
lanadas, a punto para los tiradores. Dos camiones, que parecían
impropiamente aparcados en mitad de los festejos, estaban pre-
parados para ayudar.

Miles de personas se habían congregado en el lugar; mu-
chas de ellas habían viajado durante días cruzando toda la me-
seta tibetana para llegar a la más sagrada de las montañas en
mitad del más sagrado de los meses, el *saga dawwa*. Los budistas
creen que todo lo que se haga este mes, ya sean buenas o ma-
las acciones, se hacen diez veces más grandes. Y precisamente
ese día, el más sagrado de todos, el decimoquinto día del *saga*
dawwa, el del nacimiento de Buda y el día en que alcanzó el
nirvana, todas las acciones se hacen cien veces más grandes.

Las peregrinas iban envueltas en faldas de lana tejidas a
mano, camisas de seda y pesados colgantes de plata; los hom-
bres llevaban abrigos de piel o de seda hasta la rodilla y grandes
sombrosos. Los esmerados peinados y las coloridas vestimentas
informaban de qué parte del Tíbet eran, de sus lejanas proce-
dencias. Sin embargo, lo más impresionante no era el largo
viaje que habían hecho, sino que hubieran podido conseguir
todos los permisos necesarios, todos los sellos, todas las firmas

necesarias para cruzar las invisibles fronteras que separan las regiones, pasar los numerosos puestos de control para poder estar ni más ni menos en ese lugar, precisamente esa mañana, mientras livianos copos de nieve revoloteaban en el aire. Las autoridades chinas temen la profunda convicción religiosa de los tibetanos porque no tienen ningún control sobre la misma, y, especialmente, temen eventos como ese, en el que creyentes de pueblos lejanos se aglomeran a millares.

Las autoridades habían desplegado numerosos efectivos. Grupos de policía antidisturbios, protegidos con rodilleras, cascos, chalecos antibalas y equipados con porras y escudos, marchaban por doquier, ante niños y banderas de plegaria. En el diminuto templo situado en la cresta de la colina, por encima de la planicie, hoscos policías vigilaban la cola de peregrinos que esperaban ser bendecidos por los monjes, se encargaban de que todo transcurriera en orden, que nadie se colara, que nadie estuviera demasiado rato parado hablando con un monje, que hubiera fluidez, movimiento y un avance adecuado. Los monjes estaban sentados en una larga hilera, ataviados con sus hábitos rojos y amarillos y grandes sombreros; tocaban tambores, soplaban trompas o se inclinaban sobre manuscritos mientras salmodiaban a media voz.

Abajo en la llanura, el gentío se movía lentamente alrededor del asta inclinada; en las manos sostenían ruedas y rosarios de plegaria mientras susurraban el más sagrado de los mantras: «*Om mani padme hum, om mani padme hum*». Jóvenes y mayores se echaban al suelo, los brazos extendidos por encima de la cabeza, rezaban, se levantaban y daban unos pasos antes de echarse de nuevo. «*Om mani padme hum.*» Me dejé llevar por la corriente, por el flujo de gente, y caminé alrededor del asta junto a los peregrinos, rodeada de colores y de plegarias. «*Om mani padme hum.*» El tiempo se había detenido, flotaba, el tiempo era los copos de nieve que revoloteaban en el aire.

Junto al asta, los tiradores se colocaron al lado de sus respectivas cuerdas. El gentío se detuvo y se quedó mirando expectante a los hombres que ya tiraban de las cuerdas con precaución.

«*Ki-ki-so-so!*», murmuraban los espectadores para alentarlos, primero bajito y después cada vez más fuerte: «*Ki-ki-so! Ki-ki-so-so-lha-Gyalo!*», «¡Victoria a los dioses!». Lentamente el asta se alzaba a los cielos con la ayuda de manos voluntariosas y los dos camiones, «*So-so-so!*». Minutos después, cuando llegó a la posición vertical, los peregrinos irrumpieron en exclamaciones de éxtasis, «*Ki-ki-so-so!*». Banderas de plegaria de papel se lanzaron al aire con *tsampa*, harina tostada de cebada. Quedé cubierta de harina, todos quedamos cubiertos de harina, y el gentío empezó a desplazarse de nuevo describiendo un círculo oval alrededor del asta: miles de rostros generosos y sonrientes avanzaban más y más deprisa, «*Ki-ki-so-so!*». Las voces eran electrizantes. De nuevo me dejé llevar por el flujo de gente alrededor del asta, rodeada de una alegría desbordante y fina harina *tsampa*.

Me detuve con la intención de tomar la última fotografía antes de reencontrarme con Jinpa, mi guía, que me esperaba junto a las banderas de plegaria, arriba en el templo. En realidad, yo no tenía permiso para alejarme más de 5 metros de él, eso había dicho el policía en la reunión informativa del día anterior; a los extranjeros había que tenerlos bajo control, pero Jinpa no era demasiado riguroso con eso, casi siempre me dejaba mover a mi libre albedrío.

Saqué la cámara y tomé una foto, justo a tiempo para inmortalizar el asta en caída libre.

Se hizo un silencio sepulcral. Se detuvieron todos, vueltos de cara al asta caída, que ahora, tendida en el suelo, dibujaba un ángulo poco natural; posiblemente estaba rota. Ya nadie gritaba «*Ki-ki-so-so*», nadie lanzaba *tsampa* ni banderas de plegaria al aire. Algunas personas lloraban. Otras miraban al frente paralizadas.

Encontré a Jinpa desplomado de rodillas.

—Esto no había ocurrido nunca —dijo gravemente—. Ni en trescientos años. Otras veces el asta se había torcido un poco, no había quedado totalmente vertical, y esto siempre se interpretaba como una mala señal para el próximo año. Pero esto... Esto es una muy mala señal. *Malísima*. Para todos los que estamos aquí, y para todo el Tíbet.

Junto al templo, los monjes leían mantras con voces oscuras y penetrantes, ahora con el entrecejo muy arrugado. Los hombres, que hacía unos minutos habían alzado el asta y habían sido vitoreados como héroes, iban de un lado a otro sin saber qué hacer, mirando estupefactos el palo caído.

Jinpa se levantó y atrapó mi mirada. Tenía los ojos brillantes.

—Ven —dijo—. Debemos partir. Nos queda mucho camino todavía.

Primera etapa
Julio-diciembre de 2018

Si existe un paraíso en la tierra, está aquí,
está aquí, está aquí.

Atribuido al poeta HAZRAT AMIR KHUSRAU



KIRGUISTÁN

UZBEKISTÁN

DUSANBÉ

Pamir

TAYIKISTÁN

Lago Karakul

AFGANISTÁN

Tashkurgan

Hindu Kush

Paso de Khunjerab

HUNZA

Passu
Lago Attabad

Chitral

Bumburet

Karimabad

KABUL

Saidu Sharif

Odigramo

Swatdalen

Pradera de las Hadas

Nanga Parbat
(8.126)

K2 (8.611)

Paso de Khyber

Peshawar

Takht-i-Bahi

ISLAMABAD

JAMMU Y
CACHEMIRA

PAKISTÁN

Lahore

Frontera de Wagah

INDIA

Indo

Tian Shan

○ Aksu

○ Kasgar

SINKIANG

Taklamakán

Montañas de Kulun

Aksai Chin

Indo
LADAKH
Himalaya



TIBET